

## IDENTIDADES JUVENILES<sup>1</sup>

José Manuel Valenzuela

*Juventud* es un concepto vacío de contenido fuera de su contexto histórico y sociocultural. La condición de ser joven ha sufrido variaciones fundamentales en el tiempo. En el siglo XVI la edad promedio era inferior a los treinta años y la vida de niños y adolescentes se definía por las expectativas y roles de la clase de pertenencia, sin estadios propios que devinieran estilos de vida e identificaciones sociales.

Además de las transformaciones sociodemográficas y los niveles desiguales de desarrollo entre países, el concepto de juventud se inscribe en las características fundamentales de la clase social de pertenencia. Esta afirmación puede parecer anacrónica para quienes se adscriben a algunas de las vertientes que han enterrado los aspectos estructurales como condicionantes centrales de las conductas sociales, así como para quienes plantean una nueva definición de lo juvenil a partir de las opciones de consumo. No obstante, la realidad de nuestros países muestra grandes diferencias en los procesos de envejecimiento a partir de la adscripción de clase. En gran parte de las áreas campesinas o indígenas, e incluso en muchas zonas populares, los niños se involucran en procesos de prematura adultez, donde su vida se define desde los marcos del trabajo y no a partir de las ofertas del consumo.

Los puntos anteriores corresponden a la condición *histórica y situacional* del concepto de juventud, que también es *relacional*, pues conlleva la identificación contextual de los procesos en los cuales se inscribe. No se pueden definir las características de los jóvenes sin considerar lo no juvenil y su campo de interrelaciones. Frecuentemente encontramos alusiones a supuestas conductas juveniles que no son propias o exclusivas de ellos; así, cuando en Estados Unidos se destaca de manera desmesu-

---

1 Este texto forma parte de un libro inédito titulado *Vida de barro duro, graffiti y cultura juvenil*.

rada el problema de la violencia juvenil, se omite la violencia amplia que envuelve a esa sociedad con 24.000 homicidios cometidos en 1992, la saturación de violencia audiovisual, el discurso político belicista e intervencionista sobre el cual se conforma el ansia delirante de ser *número 1*. Lo mismo sucede en Brasil con la criminalización del *funk*, cuando se registraron 6.592 homicidios durante el año de 1993, y se presentaron 554 asesinatos en noviembre de 1994 en São Paulo. Además, de los 8.800 sepultados en Río de Janeiro hasta el 30 de noviembre de 1994, donde 5.280 fueron asesinados. Igual situación se presentó con los *cholos* y *chavos banda* en México, quienes fueron fuertemente estereotipados unilateralizando los rasgos de violencia que presentaban. El estudio de los fenómenos juveniles, por lo tanto, sólo será entendido en el marco general de los grandes cambios socioeconómicos y culturales de este atribulado fin de milenio.

La condición juvenil es *representada*. Los imaginarios sociales dominantes han sido los que de manera principal han definido a los grupos portadores de la condición juvenil. Tradicionalmente los depositarios del ser joven fueron los miembros de las clases altas y sólo en el presente siglo se registraron algunos movimientos con planteamientos propiamente juveniles, en la medida que establecían límites de adscripción\diferenciación entre sus opciones y las de los adultos.

La activación del joven de la clase media como actor emergente que caracterizaría a la condición juvenil se ubica, entre otros factores, en el fuerte crecimiento poblacional de este siglo, acelerado en la década de los años cuarenta, la urbanización de la población, el crecimiento económico de la posguerra, la expansión y caída terrenal de las clases medias, el desarrollo de los medios de comunicación con su papel en la conformación de prototipos juveniles, y la segregación socioespacial urbana.

Lo anterior no significa que en las colonias populares no hubiera importantes expresiones juveniles. Estas se han presentado desde finales de la década de los años treinta, pero no formaban parte de la imagen preponderante del joven. Las perspectivas dominantes establecieron que en las colonias y barrios populares había delincuentes, vagos, o trabajadores, pero no movimientos juveniles. Esto nos muestra otra de las dimensiones del análisis de las representaciones dominantes sobre la juventud, su condición *selectiva*. La juventud es una construcción que selecciona actores y características, pero también olvidos, por lo cual no es una definición ingenua ni aséptica, sino que destaca y proscrib, pondera y minimiza, condiciones que aluden a procesos de *hipostatización* en las representaciones sociales.

Las representaciones dominantes no se construyen en el vacío sino en un marco amplio de *interacciones sociales*, por lo cual su prevalencia se inscribe en un marco de *disputa*, que es otro de los conceptos que deseo destacar. Los sectores y grupos subalternos construyen sus autopercep-

ciones y representaciones, conformando campos más o menos ríspidos de disputa con las definiciones de sentido de los sectores dominantes.

Muchos jóvenes de las clases medias buscaron sus propios espacios de identificación e impugnación a las visiones dominantes, desarrollando importantes movimientos que cuestionaron el estilo de vida plástico ofrecido por el mercado de consumo y la organización capitalista de la posguerra. Algunos de ellos abrevaban de manera fundamental en el existencialismo de los años cincuenta. Otros, como la Lost Generation y los Beatnik expresaban el desencanto frente a la irracionalidad capitalista, hacían de ella el blanco de sus vituperios, exponiendo de manera descarnada su deshumanización y frivolidad.

En el mismo sentido se planteó la resistencia del hippismo, movimiento de flores y colorido que cantaba a la vida y al amor adhiriéndose a las tendencias en contra de la guerra, la violencia y la muerte. Ciertamente el hippismo no era un movimiento homogéneo, sino que comprendía diversas perspectivas, desde las visiones políticas que planteaban modelos alternativos de sociedad; las salidas sensoriales que se envolvían en las drogas; las perspectivas hedonistas; las rupturas en los ámbitos cotidianos que presentaron convulsiones fundamentales en las relaciones de pareja o impugnaron de facto las relaciones monogámicas; las definiciones ónticas y trascendentales que abrevaron en las filosofías orientales; las militancias políticas influidas por el marxismo que buscaron derribar al modelo capitalista inspirados en las experiencias de la URSS, Cuba, Argelia, China; en proyectos aún no realizados; en la impugnación a la expropiación política de las burocracias; en utopías que son pasión.

El desarrollo de las industrias culturales había descubierto en estas problemáticas juveniles un mercado potencial que se aprestó a capturar. Las industrias fonográficas, cinematográficas, televisivas, así como una enorme maquinaria productiva y publicitaria se orientó a la fabricación de películas, discos, ropa, pósters, diversión y sueños juveniles. El cine, y posteriormente la televisión, construyeron arquetipos que devinieron reglas de conducta, pues muchos jóvenes podían imitar con mayor o menor éxito a Marlon Brando en *El salvaje*, o a James Dean en *Rebelde sin causa* o *Semilla de maldad*.

Durante los años cincuenta y parte de los sesenta, los llamados *rebeldes sin causa* se propalaron ampliamente en los espacios de los sectores medios, aunque posteriormente también llegarían a las barriadas populares, donde ya eran otra historia, y las experiencias de los rebeldes en las barriadas populares mexicanas o de Estados Unidos no son iguales a las de los jóvenes de las clases medias y altas, por lo cual merecen un tratamiento diferente. El concepto se había contaminado.

La pérdida de control sobre los jóvenes de los sectores medios que se rebelaron a continuar con la representación del ejemplo dócil y participativo que les asignaban los proyectos dominantes obligó a proscribirlos

como actores prototípicos del ser joven. Las experiencias políticas de los años sesenta, las perspectivas que ponderaban como consigna *la imaginación al poder, prohibido prohibir, o el poder para el pueblo* se salían del libreto establecido. El joven estudiante que desde los años treinta evidenciaba la viabilidad de la educación como recurso de movilidad social devino agente extranjerizante, sospechoso de ideas comunistas, amoral y sexualmente promiscuo. 1968 fue el parteaguas que epitomiza esta posición, con una secuela incierta de varios miles de los mejores jóvenes latinoamericanos asesinados.

La desesperación y las expectativas de transformaciones radicales cercanas, tangibles, alcanzables, llevaron a muchos de estos jóvenes (junto con otros de origen obrero y campesino), hacia las opciones armadas y muchos más fueron asesinados o desaparecidos. La imagen del joven de la clase media como prototipo juvenil se desdibujaba, su papel protagonista crítico e impugnador se fue desvaneciendo en la apatía y el hedonismo o viró para buscar nuevas formas de expresión en el campo cultural.

Durante los años setenta y ochenta apareció un nuevo actor social juvenil, el joven de las favelas, las colonias y barrios populares. Ellos habían estado ahí por mucho tiempo, pero ahora lograban mayores ámbitos de expresión, construían nuevas formas de recreación y de resistencia cultural, nuevos umbrales de adscripción identitaria. La respuesta social dominante trató de reducirlos a la imagen amenazante de delincuencia y crimen, pero sus redes socioculturales resultaron más fuertes de lo imaginado. Sus campos de definición de identidad mostraron enorme capacidad de convocatoria. Su persecución, acoso y proscripción les permitieron desarrollar nuevos umbrales de adscripción definidos por referentes simbólicos de clase y generacionales.

La proscripción, al igual que el racismo, se construyen en un marco de desigualdad de poderes sociales que reproduce la subordinación de un grupo social por otro, pero su expresión, más allá de disposiciones jurídicas y normativas se expresa a través de múltiples canales que van desde las prohibiciones explícitas hasta la dimensión tenue pero humillante de la mirada o el discurso gestual. Aquí la construcción de los otros es intimidante, su conducta es violenta, sus actos criminales. El monstruo va cobrando vida propia y llega a aterrorizar de verdad, amenazando la habitabilidad de la ciudad. Eventualmente los portadores de las identidades proscritas aprenden a usar la imagen que se les atribuye. Sus delitos y crímenes reales sirven para mantener los visos de credibilidad del estereotipo; son evidencias que justifican los prejuicios de los sectores medios y altos sobre los pobres favelados, los funkeros, los raperos, *cholos* y *chavos banda* de las colonias populares, o sobre la convicción extravagante de los punks, alternativos y tributarios desencantados de la *generación x*.

La crisis económica de finales de los años setenta y la llamada déca-

da perdida de los ochenta, puso a los jóvenes de las favelas y las colonias populares en el primer plano del debate sobre la cuestión juvenil. No es que los jóvenes de los barrios pobres no hubieran tenido presencia, de hecho uno de los movimientos más importantes y conspicuos de la década de los años treinta, cuarenta y cincuenta fue el *pachuquismo*\*.

Desde la segunda mitad de este siglo los jóvenes han sido protagonistas centrales de muchos de los principales cambios culturales. Ellos, conjuntamente con los movimientos feministas y los de carácter étnico, configuraron nuevos espacios de expresión sociocultural donde anidaron nuevas utopías frente a la expansión del modelo capitalista tardío.

Las expresiones juveniles han irrumpido en un clima social definido por el incremento mundial de la violencia, lo cual ha llevado a estigmatizaciones recurrentes sobre los movimientos por los jóvenes de las clases populares.

Durante las últimas tres décadas se han presentado diferentes movimientos juveniles conformados por jóvenes pobres y algunos de los sectores medios, principalmente los pertenecientes a los niveles más bajos. Esto se observa en la integración de grupos diversos, tales como los punks en la mayoría de las grandes ciudades del mundo, los cholos en México y en Estados Unidos y diversas expresiones al estilo de los chavos banda de México.

También notamos identificaciones que pueden o no conformar un movimiento juvenil como ha sucedido con el rap, con orígenes sociales y étnicos claramente definidos y una obstinación que deviene resistencia social y demarcación cultural. Sin embargo, el uso del rap por parte de las industrias culturales ha propiciado su expansión más como moda que como un movimiento, independientemente de que en algunos países como Estados Unidos y Brasil construye espacios de reencuentro juvenil/ racial y, como sucedió con el *reggae*, es retomado por grupos juveniles en su acepción pristina.

Las décadas de los años ochenta y noventa ha agudizado la ausencia de proyectos nacionales con propuestas creíbles para sus jóvenes, quienes fueron reintegrados a sus espacios sin respuestas viables para sus demandas. Nuevamente el joven de los sectores populares ha quedado condenado a la invisibilidad o a la proscripción, o sujeto a la identificación social mediante formas unilaterales, estereotipadas o condenatorias, pero sin soluciones ni ofertas solventes a sus inquietudes. Al parecer se ha dejado a las industrias culturales la definición de los rasgos adecuados del ser juvenil. Se conforman modelos juveniles cercanos a los modelos de consumo estadounidenses y se sataniza a la gran mayo-

---

\* En México y suroeste de los Estados Unidos, representado en particular por una jerga lingüística. [N. del E.]

ría de los jóvenes latinoamericanos con planteamientos propios o excluidos de esas opciones.

El movimiento juvenil implica una estructura organizativa formal o informal. Esto resulta claro en las *gangs* de cholos y de afroamericanos en Estados Unidos con códigos explícitos de conducta que norman la participación de los miembros del gang. También requiere de símbolos visibles de identificación y diferenciación, que comúnmente se expresan a través de la ropa, los tatuajes, el graffiti o el lenguaje. El movimiento construye sus fronteras simbólicas definiendo a sus adversarios. En el caso de los punks sus adversarios explícitos son el poder, el sistema, la amenaza nuclear, el maltrato a los animales, la policía.

## JUVENTUD E IDENTIDAD

Una característica de los movimientos sociales de los últimos años ha sido su mayor desarrollo en el campo cultural; muchos de ellos no se definen a partir de las categorías de los conflictos políticos de períodos anteriores. Ahora estas formas de acción social participan de una manera más amplia en la disputa por la construcción de sentidos colectivos y por la conformación o preservación de campos identitarios.

Los movimientos sociales implican la ruptura de la inercia cotidiana institucionalizada; incluyen y trascienden a la adscripción laboral, incorporando nuevos frentes de disputa y conflicto en los cuales participan una gama heterogénea de actores sociales (muchas veces con intereses opuestos), que buscan incidir en la organización y representaciones sociales. Estos movimientos cuestionan las formas de organización dominantes y sus formas de legitimación, incluyendo sus mecanismos de dominación cultural.

Los fenómenos juveniles como los funk, los punk, los cholos, o el grafitismo, a pesar de tener una dimensión internacionalizada, adquieren su verdadero sentido en la recreación y apropiación específica que realizan los jóvenes de los diversos países, por lo cual resulta equivocado recurrir a explicaciones simplistas que buscan constatar algunos elementos comunes para después explicarlo todo a través de la globalización y el papel del consumo o el de los medios masivos de comunicación.

A diferencia de los movimientos y de la acción colectiva, las expresiones gregarias tienen variaciones fundamentales; lo importante es que no presentan una apropiación relevante de los elementos comunes como referentes identitarios que posibiliten la conformación de sentidos propios o apropiados, sino que el vestuario, o el gusto musical se apega a los lineamientos marcados por las industrias culturales.

Las expresiones gregarias pueden devenir movimientos cuando existen procesos de apropiación y resignificación por parte de núcleos representativos de quienes comparten la moda. Esto sucede principalmente

entre los grupos subalternos, cuando los elementos que les caracterizan, independientemente de que provengan de las industrias culturales, se tornan amenazantes para la sociedad global que les estigmatiza, y les lleva a asumir posiciones de grupo como recurso defensivo, como sucedió con los rebeldes sin causa, con algunas manifestaciones funkies, o con algunos grupos graffiteros<sup>2</sup>.

Las perspectivas lineales de progreso y desarrollo como aspectos definitorios en la idea de futuro de la modernidad han perdido parte importante de su fuerza, dejando a grandes núcleos poblacionales mutilados en sus posibilidades de adscribirse a su horizonte de promesas. Entre ellos, una gran cantidad de jóvenes latinoamericanos han interiorizado la certeza de que el discurso del progreso no les corresponde, mientras que otros lo asumen de forma intensa y riesgosa en redes del narcomundo a partir de cálculos pragmáticos que derivan de la ausencia de opciones.

Las identidades sociales son complejos procesos relacionales que se conforman en la interacción social. Existen diferentes formas de identificación cuyos límites de adscripción se establecen principalmente por la posición de los otros y no por una definición grupal compartida que trate de ganar sus propios espacios de reconocimiento. Asimismo, existen sectores y grupos estigmatizados, para quienes la fuerza del estigma muchas veces conlleva la posibilidad de conformar procesos apropiados de identificación a pesar de las respuestas de la sociedad global y de sus grupos dominantes. Por ello hemos definido a las *identidades proscritas*, como aquellas formas de identificación rechazadas por los sectores do-

---

2 Consideramos *identificaciones gregarias*, donde quedan comprendidas expresiones, estilos y gustos definidos por imitación. En esta categoría se encuentran una serie de conductas de agregado, donde los jóvenes participan de elementos comunes sin que necesariamente existan vínculos entre ellos. Este es el caso de las modas, o de la adopción de estilos provenientes de contextos diferentes a los de quienes se identifican de forma gregaria, sin que exista una recreación. En este tipo de expresiones podemos encontrar diversas modas juveniles, tales como el New wave, los Urban cowboys en algunos países como México, y en varias ciudades estadounidenses el rap o el breake dance. La uniformización de los jóvenes y adolescentes que siguen a un cantante de moda o a algún estilista famoso, o "lo que se está usando". La moda refiere a un encuentro difuso, donde no existe inter-reconocimiento, presentándose una suerte de adscripción individual, o de agregado, y las industrias culturales tienen gran importancia en este tipo de identificaciones. *Red simbólica*, que alude a formas de identificación en las cuales los jóvenes participan en la conformación del sentido de la red. Es una suerte de comunidad hermenéutica, una red de sentido que no posee una estructura de cohesión social fuerte entre el conjunto de quienes forman parte de la red. Las redes simbólicas son procesos de inter-reconocimiento entre los miembros de la red. En este caso encontramos movimientos como los punks, los funkies, los raperos estadounidenses y brasileños, o algunos grupos graffiteros, donde los jóvenes se saben parte de una red juvenil, se reconocen en la música, comparten situaciones lúdicas, se encuentran en los bailes y, muchos de ellos, son activos creadores de canciones, textos o espacios, donde dan cuenta de su situación en cuanto jóvenes pobres. *El grupo* se caracteriza por poseer una estructura definida en la cual participan diferentes conformaciones de poderes y liderazgos. Los grupos poseen códigos más o menos explícitos que los diferencian de otros grupos.

minantes, donde los miembros de los grupos o las redes simbólicas proscritas son objeto de caracterizaciones peyorativas y muchas veces persecutorias. Entre estas encontramos desde agrupaciones políticas con posiciones ideológicas contrarias a los sistemas dominantes, grupos étnicos, grupos con adicción a las drogas, grupos religiosos, grupos nudistas, o algunos grupos o redes juveniles, como ha sido el caso de los beatniks, los pachucos, los hippies, los cholos, los punks, los chavos banda, los funkies.

El funk conforma una identificación procesual gregaria que devino red simbólica y que incorpora a agrupamientos con diferentes características. El funk nos remite a una forma de acción colectiva que se construye desde lo que hemos definido como identidades proscritas. Ha sido la posición social dominante fuertemente persecutoria lo que ha propiciado campos densos de identificación simbólica entre los jóvenes funkies. En países como México, el funk es escuchado y bailado por los jóvenes de la clase media sin que represente ninguna aprehensión para los grupos dominantes. Por ello consideramos que en el caso brasileño el estigma no se dirige contra el baile funk, que además muestra pocos rasgos de cuestionamiento al sistema social, sino contra el sector social que lo ha asumido como elemento conspicuo de identidad. Una vez más, la proscripción y la agresión se orientan a impedir el desarrollo de formas afirmativas de identificación en los sectores populares.

La llamada problemática juvenil (amplia y compleja), remite a las condiciones y conflictos de las sociedades en su conjunto; por ello hemos enfatizado que las expresiones juveniles no son autocomprendidas, y deben ubicarse en un campo social más amplio. Sólo así adquieren sentido las demandas implícitas de los funkies, la rebeldía vociferante e iconoclasta de los punks, o las demandas y marcas identitarias apenas comprensibles que los *pixadores* dejan embarradas en los espacios públicos.

Los fenómenos descritos ilustran la abigarrada conformación de las identidades colectivas juveniles de un mundo que, con grandes carencias y deudas, se apresta a cruzar el umbral de otro milenio.